

CAPÍTULO LXXXVII

RESUMEN HISTÓRICO DE LA LITERATURA ESPAÑOLA, DESDE 1881 HASTA 1900.

Hemos de dedicar algunos párrafos preliminares al comienzo de este capítulo para subsanar omisiones respecto de literatos, poetas y periodistas no citados oportunamente.

Y sea el primero don Fermín de la Puente y Apecechea, discípulo del sabio don Alberto Lista. Fué muy notable poeta de la escuela sevillana, siempre tan digna de aprecio y consideración, por las tradiciones artísticas que han sabido conservar sus cultivadores.

Aunque don Fermín había nacido en la ciudad de Méjico, el 9 de Noviembre de 1812, recibió su educación en España bajo la protección de un tío materno.

Estudió con singular aprovechamiento las humanidades, llegando á ser consumado latino, como demostró después prácticamente en algunas traducciones que pasan por muy excelentes. En especial, ha sido celebrada la que hizo en octavas reales de los libros primero y cuarto de la *Eneida*.

También estuvo muy afortunado en las traducciones parafrásticas de los *Libros sapienciales*, el *Eclesiastes*, los *Proverbios*, y otros, atribuidos á Salomón, como también algunos salmos.

Estas últimas obras se publicaron tres años después de la muerte de don Fermín, ocurrida el 20 de Agosto de 1872. Es notable el prólogo que escribió el ilustre y desgraciado literato, maestro también en el periodismo: don Salvador López Guijarro.

Desde la mitad del siglo XIX era individuo de número, don Fermín, de la Real Academia Española.

El señor don Juan Valera cita los siguientes hechos que enaltecen la buena memoria del señor Puente y Apecechea:

«Don Fermín, académico, movido por el amor de la tierra en que nació, patria de su madre, así como por su fervoroso españolismo, contribuyó poderosamente á estrechar y á fomentar las fraternales relaciones literarias entre las Repúblicas hispano-americanas y su antigua metrópoli. A él se debe en gran parte la crea-

ción de Academias correspondientes de la Española en Méjico, en Guatemala, en el Perú, en Colombia, en Chile, en Venezuela y en otros puntos. »

Su poesía *La Corona de Flora*, es excelente muestra de hermosos versos, como las octavas reales que de ella copiamos, para dar idea de tan inspirada composición:

Ya vuela á tí mi indagadora vista,
Hija de Mayo, pompa de Citeres;
¿Qué corazón habrá que te resista,
Rosa gentil, oh flor de los placeres?
A donde quiera que el amor exista,
Emblema dulce de sus triunfos eres;
Tiñe tu cerco sangre de una diosa,
Y del céfiro reinas dulce esposa.

Mas ¿qué á mí que el rubor tiña tu frente,
Si el soplo de las auras licencioso
Murmura entre tus hojas blandamente,
Y un beso al fin te arranca victorioso?
Punzante espina de amador ardiente
Defiende en vano el vástago precioso;
O con breve dolor, ó sin herida
Cede al fin tu beldad envanecida.

Y tú también, *oh cándida azucena*,
Tiendes de nieve las brillantes alas,
Y de fragancia y granos de oro llena,
Desplegas noble tus altivas galas;
Yo la inocencia de tu faz serena
Amo, y el dulce bálsamo que exhalas;
Mas si el oro á tu seno se confía,
¿Qué fuego anima tu belleza fria?

Yo en tu cáliz purísimo le miro,
Clavel ardiente, que en el prado ameno
Vences la rica púrpura de Tiro,
La roja aurora en el azul sereno;
O ya la nieve con gracioso giro
Manche el color de tu rizado seno,
Abra en el jardín tu frente hermosa,
Rival de la azucena y de la rosa.

Don Francisco Rodríguez Zapata, catedrático de retórica en Sevilla, bajo cuya dirección se educaron poetas que luego consiguieron glorioso nombre, como Bécquer, Campillo y otros, fué también, lo mismo que el ya citado Puente y Apecechea, gran aficionado á la poesía con tendencia religiosa, en la que suele mostrar algunas ráfagas de inspiración. Don Juan José Bueno, amante entusiasta de Quintana, tenía entonación vigorosa y clásica, y especialmente sus poesías en elogio de Cervantes, al que profesaba extraordinaria admiración, se daban á notar por lo depurado del gusto estético.

Fué fervoroso amigo y compañero en sus predilecciones literarias, un pensador que llegó á alcanzar gran fama como erudito y crítico literario. Hablamos de don José Amador de los Ríos, peregrino y universal talento, gloria de su época, que no ha tenido competidor ni sucesor digno de sus méritos. Amador de los Ríos fué también poeta y dejó composiciones inspiradas y de enseñanzâ sugestiva, que realzan sobre manera su memoria. En sus *Recuerdos de Baena* hace una lindísima descripción de su pueblo natal, como en la epístola filosófica á don Jacobo María de Parga dice muchas verdades con ocasión de un viaje que hizo su amigo á Salamanca.

La que admiraba un tiempo á los extraños,
Prez de Castilla y de la España gloria,
Cayó postrada al golpe de los años!
Apenas reverdece la memoria
Dè la preclara salmantina Escuela,
Ilustre monumento de la Historia.

Y es fama que en la noche oscura vuela
Sobre los altos muros leve sombra

Que en llanto acerbo su dolor consuela;
Y entre suspiros mil los hijos nombra
De la docta Academia, y lastimera
A la rústica gente al par asombra.

La Musa es inmortal del grande Herrera,
La de sublime voz y alzado estilo,
Que, del Bétis dejando la ribera,
Viene á llorar los manes de Batilo!

Consagrada estuvo la vida de Amador desde su primera juventud á los estudios artísticos, históricos y literarios, siendo verdaderamente admirable su labor. En *Sevilla* y en *Toledo pintorescas*, y en otros trabajos publicados en la obra *Monumentos arquitectónicos de España*, dejó claras muestras de sus profundos conocimientos en Bellas Artes. También escribió con suma erudición acerca del arte latino bizantino y sobre la época de los visigodos. En su mocedad había publicado un libro acerca de los judíos españoles. Fué, sin embargo, un como bosquejo de la gran obra que había de dar á la stampa años adelante, en tres tomos en folio, y que contienen una *Historia* completa sobre el mismo asunto. Admira el inmenso caudal de erudición que poseía el autor. Puede competir y aun superar su monumental trabajo con los mejores que han visto la luz en el extranjero.

Juzgando semejante obra el sabio Valera, dice lo siguiente:

«Si bien el Sr. Amador trató con menos claridad y con más somero conocimiento que algunos modernos escritores extranjeros, israelitas no pocos de ellos, de la floreciente poesía religiosa y de las altas especulaciones filosóficas de los judíos españoles, todavía se adelanta á dichos escritores extranjeros en explicarnos el estado social de los judíos en nuestro país, la importancia política que tuvieron y sus relaciones con la nación en cuyo seno vivían y con los gobiernos musulimes y cristianos que simultánea ó sucesivamente dirigieron sus destinos.»

Bajo su dirección y examen se llevó á cabo la hermosa edición de la *Historia General y Natural de las Indias*, que escribió el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y publicó la Real Academia de la Historia (1851-55) en cuatro volúmenes en folio. Es tarea la de Ríos de investigación minuciosa, depuración y confrontación de textos, formación de un curioso glosario de las voces americanas que en la citada obra se emplean, y biografía del autor, con examen crítico sobre todas las producciones de Fernández de Oviedo; trabajo, en una palabra, que revela superior laboriosidad, auxiliada por un talento de primer orden.

Con mayor esplendor aún demostró sus excelsas condiciones de literato al publicar su *Historia* de la literatura castellana desde sus primeros tiempos, la única que existe en España, formando un cuerpo de doctrina y escrita con gallardo estilo, copiosa erudición y acertada crítica. Esa obra será siempre la más legítima gloria del ilustre catedrático de Historia crítica de nuestra literatura en la Universidad Central. Quedó, sin embargo, incompleta su labor, pues le sorprendió la muerte cuando preparaba el 8.º tomo de tan magna obra. Sólo alcanzan los siete publicados hasta el reinado de los Reyes católicos.

Inmensa pérdida la que experimentó España en la esfera intelectual al desaparecer aquel hombre prodigioso.

Había nacido en Baena (Córdoba) el 1.º de Mayo de 1818 y murió en Sevilla el 17 de Marzo de 1878.

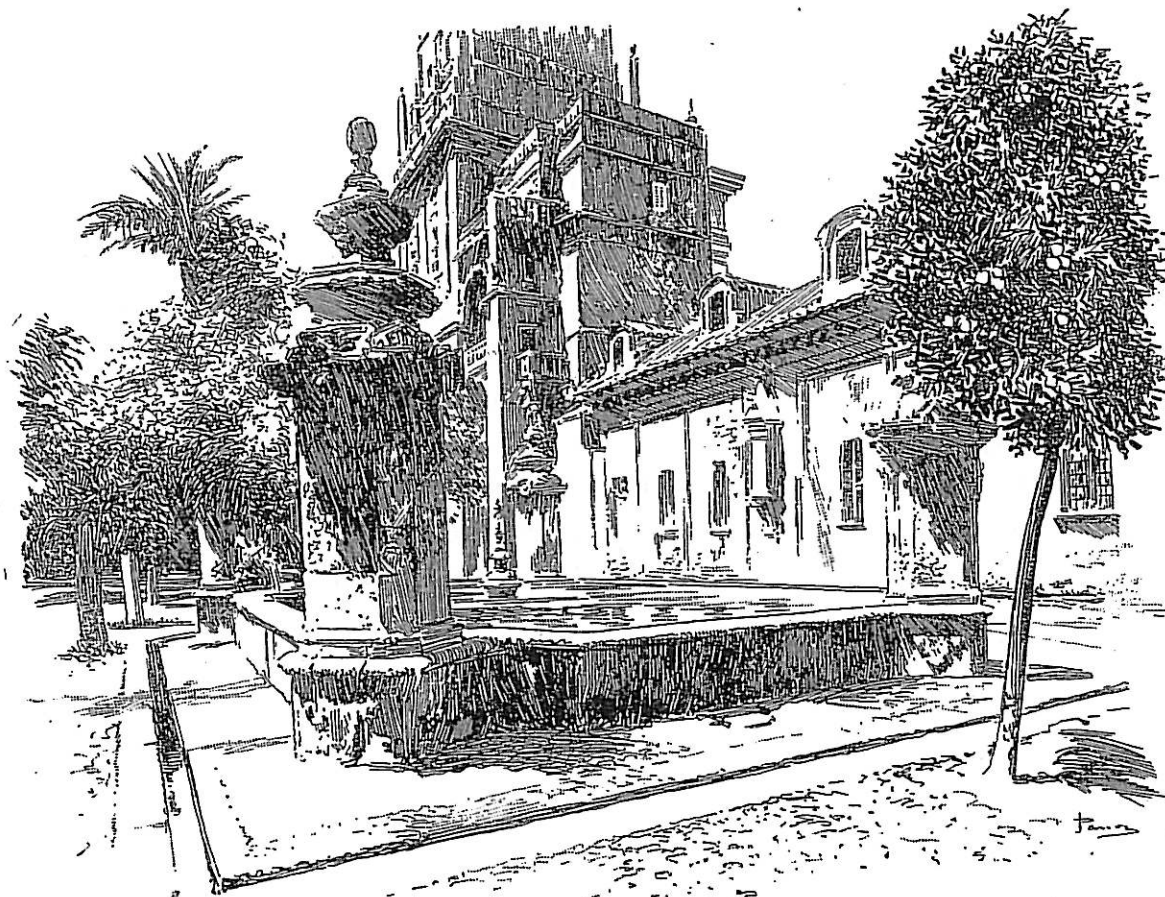
Perteneció el señor Amador de los Ríos á las Academias de la Historia y de Bellas Artes, donde descolló por lo fecundo y original de sus producciones.

Amador escribió también, en colaboración con los señores don Juan de la Ra-

da y Delgado y don Cayetano Rosell, una *Historia de la villa y corte de Madrid*. Están coleccionadas sus poesías con un prólogo de don Juan Valera.

Celébranse mucho las traducciones que hizo de los Salmos, siguiendo el original hebreo.

Don Manuel Fernández y González, como poeta de la escuela sevillana, con cierta tendencia á lo romántico siempre, fué muy celebrado en sus buenos tiem-



Patio de los naranjos en la catedral de Córdoba.

pos. Su poderosa fantasía creó con la vigorosa entonación de Herrera su grandioso canto épico, *La batalla de Lepantó*.

¡Qué majestuosa inspiración resplandece en estas octavas!:

Y allí también su fortaleza ostenta
Un soldado español: su noble mano
El pesado arcabuz fiero sustenta,
Muerte lanzando al bárbaro otomano.
En su ancha frente el porvenir asienta
De la gloria un destello soberano,
Orlando con reflejos relumbrantes
El pensamiento audaz del gran Cervantes.
Genio que guardas de la patria mía
El noble orgullo; de tu fuego santo
Claro un destello á mi rudeza envía

Que en luz inunde mi afanoso canto.
Musa de las batallas, que sombría
Presides la matanza y el espanto:
Cesa, cesa en tu horror, que cantar quiero
Himno de gloria al vate y al guerrero.
Mas ¡insensato afán! ¿Dónde las alas
Bastantes á llegar hasta su altura?
¿Quién, al mundo y á Dios, robando galas,
Pintará de su genio la hermosura?
¿Cómo desde la tierra hasta las salas
Eternas ascender, donde fulgura

De torrentes de gloria circundado
 De Cervantes el nombre venerado?
 Si hay una pluma que á su fama baste,
 Otra pluma será, que no la mía,
 Que existe entre él y yo para contraste,
 Y es pcco á fe, la eternidad vacía.
 Bronces y rocas el cincel desgaste
 Para esculpir sus timbres á porfía:
 Que ante Cervantes sólo reverente

Sé admirar y callar y hundir la frente.
 Miróle el mundo con valor rompiendo
 El cerrado tropel de los infieles,
 A la par de Don Juan, bravo cogiendo,
 Sobre el sangriento mar, rojos laureles;
 Como soldado su renombre haciendo
 Digno del porvenir, que en ecos fieles,
 Si de las Musas le llamó el encanto,
 Llamóle al par el Manco de Lepanto.

Don Manuel Cañete y don José Fernández Espino, aunque escribieron bonitas poesías, no llegaron á cobrar verdadero crédito. Siempre se distinguieron más como críticos, desde que se publicaba en Sevilla la *Revista de Ciencias, Literatura y Artes* (1855 al 60).

Amigo y condiscípulo de Gabriel Tassara, fué un joven de singular talento, que estudiaba Derecho en la universidad de Sevilla, hijo de Jerez, don Sebastián Herrero y Espinosa de los Monteros. Fué autor de una obra dramática, titulada *García el calumniador*. Pero más tarde se dedicó á la carrera eclesiástica, en la que alcanzó los primeros puestos, llegando á ser obispo de Cuenca en 1875, luego de Vitoria, después de Córdoba, y últimamente arzobispo cardenal de Valencia. Fué orador sagrado de superior mérito, y aunque abandonó por completo el cultivo de la poesía, que tanto le dominó en su juventud, conservó siempre un culto ferviente á la gloriosa memoria de Cervantes.

Léase esta composición, modelo de inspiración y galanura:

Pulsad la lira de oro, trovadores,
 Esmaltada de rosas purpurinas,
 Y al guerrero invencible de Lepanto
 Cantad, oh vates, con meliflúo canto.
 Cantad, cantad, que su brillante historia
 Le proclama por genio sin segundo;
 Él es de España la primera gloria
 Cual gran guerrero y escritor fecundo.
 Al través de los siglos su memoria
 Las cinco partes recorrió del mundo.
 Y hoy le rinden sus cántigas galanas
 Inspiradas las musas castellanas.

Cantad, oh bardos, en la Gades bella,
 Donde ha tiempo formamos dulce coro;

Do fué Cervantes la fulgente estrella
 Que iluminó vuestro cantar sonoro.
 Dé ardiente inspiración viva centella
 Su fuego prende en vuestras arpas de oro,
 Y Cádiz, la paloma de los mares,
 Con los vuestros arrulle mis cantares.

Que yo en la CUENCA de montaña fría
 De esas límpidas playas alejado,
 Recuerdo que también el arpa mía
 De Cervantes las glorias ha loado.
 Si plugo al Cielo en memorable día
 Trocar mi lira en místico cayado,
 También pueden orlar de blancas flores
 Al Ingenio cristiano los pastores.

Hermano de don Sebastián fué don Diego, que también era sacerdote, autor de un poema, *El Diluvio*, publicado varias veces, donde se admira la magnificencia de la forma.

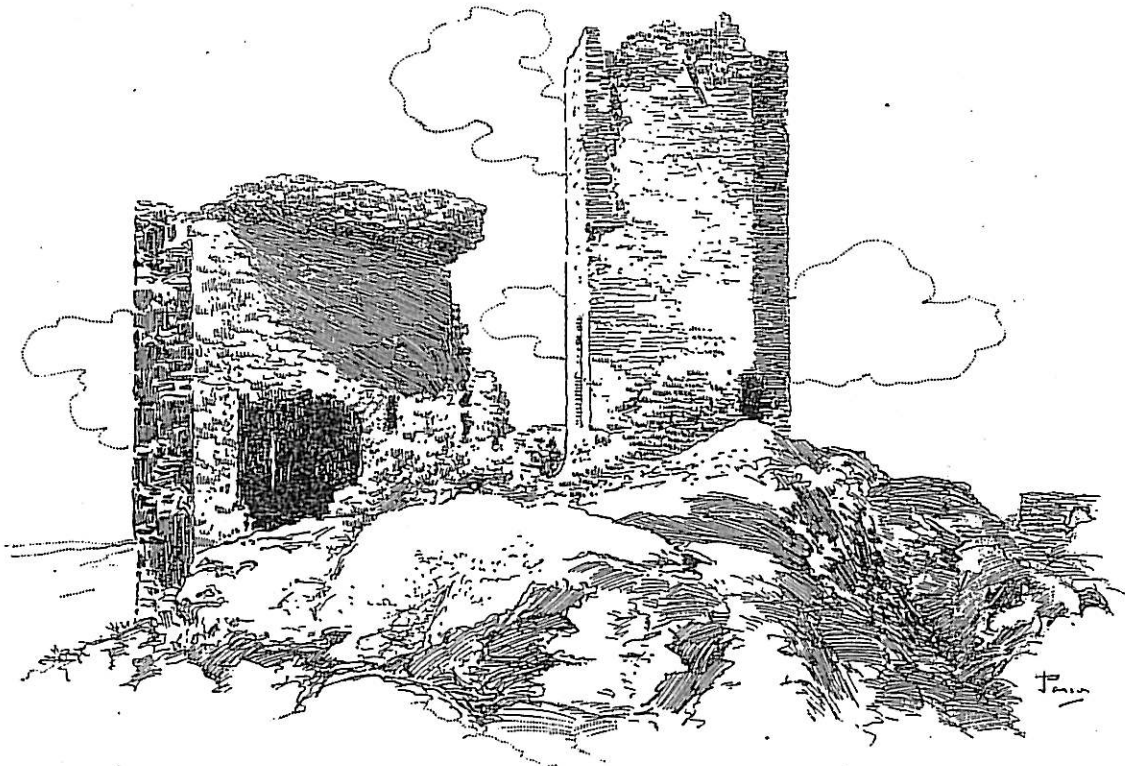
El año de 1867 se publicó en Sevilla un tomo de poesías de don José Lamarque de Novoa. Sus composiciones, así como las que contiene el tomo de las de su esposa, doña Antonia Díaz de Lamarque, revelan exquisito gusto. Fernández Espino, don Luis Vidart y don Fernando de Gabriel han tributado merecidos elogios á sus trabajos. La inspiración religiosa anima muchos de ellos.

Don Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, aunque nacido en Badajoz, era

tan admirador de la escuela sevillana, que á sus continuos trabajos fué debida «la restauración y nueva vida que en nuestra época ha adquirido (decía Vidart en su libro *Letras y Armas*, Madrid, 1871) la Real Academia sevillana de Buenos Aires, la cual yacía en lamentable abandono, cuando en el año de 1855 fué destinado este oficial á la escuela de aplicación de artillería, establecida entonces en Sevilla».

De Gabriel llegó á ser director de la Academia sevillana de Buenas letras y publicó dos tomos de poesías, más bien medianas que notables.

Don Juan Justiniano y Arribas había publicado dos ediciones de su poema *Roger de Flor*, una en Zaragoza (1854) y otra en Sevilla (1858). El señor don Fer-



BADAJOZ — Castillo de Alange.

nando de Gabriel hizo notar, al aparecer la segunda edición, en la *Revista de Ciencias, Literatura y Artes* de Sevilla, los defectos de la obra, principalmente en cuanto falseaba la historia, sin que por esto ganase nada la ficción poética. El autor modificó su obra al publicar una nueva edición en 1865. La crítica elogió tan discreto proceder.

El señor Amador de los Ríos, que escribió el prólogo para dicha edición, terminaba el juicio con estas palabras:

«Las reflexiones apuntadas bastan para persuadirnos de que si el poema que hoy aparece de nuevo en la república de las letras, no se halla exento de lunares, es sin duda una de las obras más notables que ha producido el Parnaso castella-

no, tanto por la idea que le ha dado vida como por las formas que reviste. Y nosotros, que tenemos por singular ventura de las letras patrias el que no se haya apagado todavía el noble y patriótico entusiasmo que las animaba en más afortunados siglos; que reputamos como insigne dicha nuestra, toda ocasión de tributar nuestros desinteresados elogios al verdadero mérito; que no participamos de la triste y menguada creencia de los que esperan á que desaparezca de entre los vivos el artista ó el poeta para reconocer los aciertos de su ingenio, y derramar con mano avara algunas flores sobre su tumba; nosotros, en fin, que nos preciamos de haber iniciado al autor del poema *Roger de Flor* en el cultivo del arte que con tanta honra suya como gloria del Parnaso español frecuente, no queremos ser los últimos en felicitarle por el triunfo que hoy alcanza, seguros de que no ha de ser sólo nuestro parabién, dentro y fuera de España.»

Del soberano estro que realzan las octavas del poema, pueden ser clara muestra las que á continuación copiamos:

¡ Amor!... Lucero de celeste encanto
Que el Edén de tus dichas nos ofreces.
Fuego sublime, sempiterno y santo,
Que en todo con luz viva resplandesces;
Tú, del risueño Abril el bello manto
Con matizadas tintas enriqueces,
Y á tu soplo creador las tiernas flores
Gayas se agitan espirando olores.

Tú das murmullo al apacible río,
Tú blandos ecos en el bosque exhalas,
Tú en las tardes serenas del estío
Dulce el ambiente de frescor regalas;

Lluvia tú viertes de vital rocío
Desde los cielos al batir tus alas,
Y tú del ave en el cantar suspiras,
Y es el mundo el espejo en que te miras.

Por tí sonríe la rosada aurora
Manando esencias de su rico velo,
Puro y sublime tu pincel colora
De claro azul el transparente cielo;
Tú inflamas el fanal que el orbe dora
Y torrentes de luz vierte en el suelo;
Tú á los abismos el pavor quebrantas
Y los turbados mares abrillantas.

Don Narciso Campillo y Correa és uno de los representantes más genuinos que ha tenido la famosa escuela sevillana en la segunda mitad del siglo XIX.

Nació en Sevilla, el 29 de Octubre de 1834. Desde que tenía 9 años fué muy aficionado al estudio y leía con frecuencia obras de nuestros mejores autores, como si pensase desde niño en ir formando su buen gusto para su vida de escritor.

De un inapreciable manuscrito de Narciso Campillo, que conserva su gran amigo el distinguido cervantista señor Máinez, vamos á copiar algunos curiosos datos autobiográficos:

«De 10 á 12 años leí á Calderón en sus *Autos sacramentales*; las *Empresas políticas* de Saavedra Fajardo y multitud de comedias antiguas, de las llamadas de capa y espada.

De 14 años emprendí en la Universidad el estudio de la Filosofía.

De 16 años leí con atención profunda el *Tesoro del Parnaso Español*, coleccionado y anotado por Quintana. Mi inteligencia poética ensanchó sus horizontes: mi gusto se hizo delicado, aunque sobradamente escrupuloso en la forma: empecé á dominarla y á expresar lo que quería. Conocí y vi que había de ser poeta, y mi júbilo fué inmenso.

De 17 años estudié con don Francisco Rodríguez Zapata, Retórica y Poética. De 19 años terminé la Filosofía y tomé el grado de bachiller por unanimidad de votos.»

En el otoño de 1854 efectuó un viaje á Madrid. Hizo una visita á Quintana y procuró escribir en algún periódico. Estuvo entonces enfermo, y volvió á Sevilla en Diciembre del mismo año.

Empezó el estudio de Leyes á los 20 años, dedicándose también á la gimnástica. Dejó después la carrera de Leyes, y fué profesor de gimnástica á los 22 años en el colegio de San Fernando.

Desde esa edad matriculóse como alumno en la Facultad de Filosofía y Letras, en la que tomó tres años después el grado del Bachillerato. Los profesores que lo examinaron fueron don León Carbonero y Sol, don José Fernández Espino y don Jacinto Díaz.

La lectura de los poetas y los estudios del idioma francés le decidieron á hacer algunas traducciones de Lamartine y Víctor Hugo. Del primero recibió Campillo una carta muy expresiva.

En Octubre de 1861 solicitó la cátedra de Retórica y Poética, vacante en el Instituto provincial de Córdoba; pero no logró conseguirla por haber sido recomendado con éxito un amigo de Vega de Armijo. También solicitó, el 29 de Mayo de 1864, la cátedra de Psicología y Lógica de la universidad de Sevilla, vacante por promoción de don José Montaldo. No la consiguió.

Cuando cumplió Campillo 30 años era, gracias á sus estudios é inteligencia, un joven que aspiraba á elevarse por sus propios merecimientos. Desde que había concluido su carrera de profesor, su labor literaria era incesante. Pronto pudo demostrar sus profundos conocimientos ante un tribunal de oposiciones. Estaban vacantes en los Institutos de Cádiz, Canarias y Cabra las cátedras de Retórica y Poética.

Con tal motivo envió don Narciso Campillo al director general de Instrucción pública, sus documentos académicos y un discurso acerca de *El Estilo: sus diversas clases y aplicaciones de ellas á los distintos géneros de composición literaria*; tema propuesto para los que quisieran tomar parte en los ejercicios para las oposiciones. A principios de Enero de 1865 fué aprobada la propuesta; eran los jueces los señores siguientes:

Presidente: Don José María Fernández Espino.

Vocales: Don Jorge Díaz, don José Torrejón, don Manuel Campos y Oviedo, don Juan Campelo, don José Gutiérrez Laborde, don Bernardo López Coronado y don Miguel Ayllón y Altolaguirre.

La anterior lista había sufrido modificaciones, que Campillo anota en su autobiografía por las siguientes palabras:

«Fernández Espino fué elegido diputado á Cortes y marchó á Madrid, quedando como presidente del tribunal don Jacinto Díaz. Don Cayetano Fernández fué nombrado confesor del Príncipe de Asturias, y marchó también á Madrid.»

Los opositores fueron, los señores Benavides Cruz, Benítez y Olivares, Gregorio Martínez, Mariano Los Certales, López Diéguez, y Campillo. Benítez, Martínez y Los Certales se retiraron. Benavides Cruz fué rechazado por el tribunal. Don Rafael López Diéguez obtuvo el segundo lugar y don Narciso Campillo y Correa el primero.

El 28 de Junio recibió don Narciso el nombramiento de catedrático de Retórica y Poética en el Instituto de Cádiz.

Desde el curso, que empezó el 16 de Septiembre de 1865, dió principio á las explicaciones en la cátedra el nuevo profesor, muy bien acogido por la fama que le precedía.

A consecuencia de la reforma de la 2.^a enseñanza, decretada el 9 de Octubre de 1866 y de la Real Orden de 16 del mismo mes, cesó en el desempeño de la cátedra anterior, quedando de profesor numerario de la de Perfección del Latín y Principios generales de Literatura.

Por supresión de esta cátedra, según lo dispuesto en el Decreto, fecha 25 de Octubre de 1868, y habiéndose adoptado en el Instituto de Cádiz los dos sistemas de estudios para el bachillerato en Artes, quedaron á su cargo las asignaturas de Principios generales de Arte y de su Historia de España y de Elementos de Literatura.

Por orden del señor ministro de Fomento, fecha 18 de Mayo de 1869, fué nombrado en comisión para la cátedra de Retórica y Poética en el Instituto del Noviciado de Madrid. El 17 de Junio de dicho año tomó posesión.

Campillo era republicano y, como tal, tomó activa parte en la Revolución del 68, cuando tantos hombres conducíanse hipócritamente por no perder las posiciones conquistadas. Campillo no claudicó nunca; no era esto al día siguiente del triunfo, sino de antes y de siempre. No resellaba él su dignidad ni su carácter. Todo se lo debía á su iniciativa y talento; y los hombres que defienden ideas, no conveniencias y egoísmos, siempre son puros en los actos, magnánimos en los sacrificios.

El 17 de Junio, tomó posesión de la cátedra en Madrid. Fué nombrado por el director del Instituto para presidir la comisión de exámenes que fué al Colegio de San Ildefonso de Alcalá de Henares, á cargo de los PP. Escolapios en el magnífico edificio donde estuvo la célebre universidad fundada por el Cardenal Cisneros.

El 9 de Enero de 1871, anunció la *Gaceta* el concurso para la cátedra de Retórica y Poética del Instituto del Noviciado, terminando el plazo para la presentación de expedientes el 29 del mismo mes. Llegaban á 29 los aspirantes. La comisión examinadora, compuesta de don Ambrosio Moya, director del Instituto del Noviciado, don Sandalio Pereda, director del Instituto de San Isidro, y don Cayetano Rosell, director de la Escuela Diplomática, propusieron á don Narciso Campillo para la cátedra.

El Consejo Universitario aceptó y votó por unanimidad la propuesta el día 24 de Marzo.

Como recuerdo histórico curioso insertamos la lista que con los tres señores ya citados formaban la totalidad de los Consejeros Universitarios:

- Don Lázaro Bardón y Gómez, Rector de la Universidad Central.
 Don Carlos Rubio Rivera, director del Conservatorio de Música.
 Don Luis M.^a Utor, director del Conservatorio de Artes.
 Don Jacinto Sarrasi, director de la Escuela Normal.
 Don Simeón Avalos, director de la Escuela de Arquitectura.
 Don Juan Antonio Andonaegui, decano de la Facultad de Derecho.
 Don Antonio García Blanco, decano de Filosofía y Letras.
 Don Juan Chavarri, decano de Ciencias.
 Don José Camps, decano de Farmacia.
 Don Pedro Mata, decano de Medicina.
 Recibió el título el 24 de Abril. Y el 29 tomó posesión.

Campillo, que como periodista había demostrado sus aptitudes periodísticas, en el *Demócrata Andaluz*, que dirigió el famoso Roque Barcia y en *El Diario de Cádiz*, escribió en Madrid en *El País*, dirigido por don Francisco de P. Hidalgo, que inspiró el general Topete. Desde Agosto de 1869 quedó encargado del *Museo Universal*. Refundiéndose dicho periódico desde el año 70 en *La Ilustración Española y Americana*, de la que hemos ya hablado con el aprecio debido.

Dos colecciones de poesías existen de Campillo: una de Sevilla, 1858: otra de Cádiz, 1867.

En 1872 publicó su notable obra *Retórica y Poética*, obra de texto escrita con singular gusto y excelente criterio. Este libro está dedicado á don Juan Valera, quien tenía en gran estimación á tan distinguido literato. Notable y digno representante le llamaba de la antigua y persistente escuela sevillana; añadiendo « que á la elegancia y perfección clásica de la forma, unió á veces la enérgica y viva pasión del demócrata, del librepensador y del enamorado creyente en el progreso. »

Recuerda Valera, como clara muestra de su labor estética, las octavas al *Vera-no*, que son realmente extraordinariamente bellas: algunos de sus felices rasgos de inspiración pueden competir con las más celebradas poesías de la famosa Escuela, creada para el reflorecimiento de las Buenas Letras por Arjona, Roldán, Reinoso y el primero de todos, el sabio Lista:

Bajo el follaje de robusta encina
 Por la segur y el tiempo respetado,
 Asilo fiel del ave peregrina
 Y verde pompa del feraz collado,
 Miro cuán lento el sol y grave inclina
 El ancho disco y resplandor sagrado,
 Y sólo yo con la natura en calma
 Melancólica paz siento en mi alma.

Ya vienes tú, consuelo y compañera
 En el sendero de mi triste vida,

Tú que engalanas la verdad severa
 Y formas das á la ilusión querida,
 Y nueva luz á la celeste esfera,
 Y aromas á la selva florecida;
 Inspiración, inspiración ardiente,
 Con tu llama inmortal toca mi frente.

Del astro rey el moribundo rayo
 Enagenado admire en torno mío,
 El sáuce mustio en lánguido desmayo
 Besando el haz del transparente río:

El prado que gentil ornara Mayo
Y enciende ahora el caluroso estío,
Donde la rubia miés trémula ondea
Cuando el céfiro plácido la orea.

¡Oh, cómo á nuestros ojos apareces
De majestad vestida y hermosura,
Y cuán grata y fecunda resplandeces
En el campo andaluz, rica natura!
Por tí su fruto en los estivos meses
Rinden el monte, el valle, la llanura,
Y bajo el techo de la humilde choza
El labrador al contemplarlos goza.

Goza, si; de sudor con larga vena
Bañó los surcos fértiles que abría
Su reja corva en rústica faena
Desde la aurora hasta morir el día:
La espiga ya creció: muestra serena
El antiguo olivar su lozanía,
Y el fresco y ancho y delicioso huerto
Está de flores y verdor cubierto.

Mas no el olivo ni la miés dorada
Ornan tan solo mi natal ribera;
Que su lujo y su pompa más preciada
Naturaleza pródiga le diera:
Acaricia purpúrea la granada
El tronco de la altísima palmera,
Y sus hojas el plátano sonante
Ufano mueve con el áura errante.

El naranjo do quier su copa extiende
Llena de olores y de pomas de oro,

Campillo no fué sólo famoso por el clasicismo peculiar de la forma, sino por el exquisito gusto con que cultivó todos los géneros, aunque ne puede negarse que tenía predilección á Herrera, á Fray Luis de León, á Quintana y á otros poetas nacionales ó extranjeros.

Fué un vate originalísimo y á la vez muy feliz en la traducción de muchas poesías originales de Lamartine y Víctor Hugo. Algunos de sus romances pueden competir con los mejores escritos por el Duque de Rivas. Hay odas suyas que tienen soberana inspiración.

Descolló también como cuentista. Tuvo singular gracia para este género literario, y el mismo Valera le tributa, entre otros, el siguiente elogio que le honra mucho: «Narciso Campillo es menos aplaudido de lo que merece por algunos cuentos suyos, como el graciosísimo y humorístico que lleva por título: *La niña de los cinco pisos*, y por su leyenda titulada *La Monja* que, aunque religiosamente deba condenarse por el sentir anticatólico que la inspira, quizás no valga menos, por el terror trágico que infunde, que la tan famosa *Novia de Corinto* del Júpiter de Weimar, más conciso en esta composición que nuestro vate, pero no menos brioso, correcto y fácil en el estilo.»

«Sus cuentos (dice en otro lugar) son un modelo de lenguaje castizo, natural

Que el meridiano sol vivido enciende
De su luz el espléndido tesoro:
Parece que la rama se desprende
Hacia el arroyo de cristal sonoro,
Y que el arroyo murmurante para
Viendo en sus ondas su belleza rara.

Morados lirios hay, rojos claveles,
Y entre la grama blancas azucenas,
Simple tomillo, plácidos laureles,
Y madre selvas de fragancia llenas:
De donde liba sus sabrosas mieles
La abeja en las auroras más serenas,
Con eco ronco y en copioso bando
De floresta en floresta revolando.

Y para más belleza, no con ira
Bramadores torrentes se desatan,
Ni la tormenta por los aires gira,
Ni el ganado las fieras arrebatan:
Sólo en la linfa que fugaz suspira
En árboles y flores se retratan,
Y purísimo azul ostenta el cielo,
Y trisca la cordera sin recelo.

Todo es paz y ventura: coronada
De fruto y flor la bella Andalucía,
Se alza risueña de esplendor bañada,
Cual suele alzarse en el oriente el día;
Que ya sobre la vega dilatada
Benigno el sol y generoso envía
Inmensos dones en su rayo cano:
Dones que ostenta plácido el verano.

y llano, y su estilo no puede ser más propio para la narración. La malicia candorosa, la no rebuscada mezcla de inocencia y socarronería que hay en las reflexiones á que los cuentos dan lugar, no pueden menos de prestarle cierto hechizo, y hace que la lección moral, ó la regla de conducta, ó la doctrina literaria ó filosófica que del cuento se induce, se acepte y reciba con docilidad y hasta con deleite.»

Campillo fué desde joven, según ya hemos dicho, republicano y, como tal, defensor de la libertad de pensamiento. Un libro dejó de crítica referente á las leyendas piadosas. Debe conservarse por defender la verdad contra las preocupaciones. *Historias de la Corte celestial* se titula dicha obra.

El año 1896 colaboró Campillo en un tomo publicado en Madrid, que contenía *Cuentos y chascarrillos andaluces* de otros autores famosos, entre ellos Valera y el doctor Thebussem (don Mariano Pardo de Figueroa).

En 1899 publicó Campillo su última obra, un tomo de *Cuentos y sucedidos*, en colaboración con Javier de Burgos, el célebre autor gaditano, tan conocido por sus regocijados sainetes, autor de *Los Valientes*.

Murió Campillo á principios de 1900.

Sus hijos desearon coleccionar en un tomo los mejores trabajos del ilustre sevillano; de la tarea se encargó su gran amigo y justipreciador de sus altos méritos, don Juan Valera. Por desgracia, el pensamiento no llegó á realizarse.

Antes de citar á otros dignos representantes de la escuela sevillana, no he de olvidar el nombre de don Bernardo López García, autor de las celebradas décimas *Al dos de Mayo*, cuya inspiración patriótica seduce al mismo tiempo que su

mérito artístico, por más que una crítica descontentadiza trate de negar la importancia de la composición.

Aquel mismo insigne vate soñaba noblemente en la unión de la razón con la fe.



Bernardo López García.

No hay que temer:

Siglo que en tan honda liza
Tan grandes obras realiza,
Sabe adorar y creer.

Mundo que de su ansia en pos
Vuela en tan rápido vuelo;
No está solo; desde el cielo
Le tiende su mano Dios.

*Si los templos seculares
Cantan de ayer las creencias,
Hoy nuestras propias conciencias
Son templos y son altares.*

*Libre el pensamiento humano
A Dios ofrece su culto:
Ese templo tan oculto
Es el templo más cristiano.*

Alzando en su utilidad
El siglo cuanto proclama,
No se ama á sí, sino que ama
A Dios, en la Humanidad.
Por eso la reflexión
Nos dice al vernos sentir,

Que la fe no ha de morir
Ahogada por la razón;
Sino que en vuelo fecundo
Las dos uniendo sus lazos,
Van á confundir sus brazos
Para redimir al mundo.

Aunque muy discutido y á veces con demasiado apasionamiento, debe citarse como excelente poeta á don José Velarde. Algunas de sus obras permanecerán como dechados de fogosa elocuencia. Prescindiendo de los errores en que pudo incurrir Velarde, soñando, como dice Valera, en que pudiese alguien en su tiempo ser principal y casi exclusivamente poeta lírico y narrativo, «debemos hoy hacerle justicia. Preciosos son sus versos é interesantes sus narraciones.»

«El poema *Alegria*, en opinión del mismo Valera, es rico en delicados sentimientos, en colorido para pintarnos la hermosura del suelo y del cielo de Andalucía, y en talento de observación y artística flexibilidad de estilo para ver y representar la vida en aquellos lugares y las faenas, regocijos y pasiones enérgicas de sus rústicos habitantes.»

¡Qué hermosa descripción la que empieza así!

Mirando al mar, y viéndose en el río
Las horas en que lo alza la marea,
Al fin del pueblo entre feraz plantío,
Una casa humildísima blanquea.
Compónenla una sala y dos alcobas,
En las cuales, por gala,
De cal consume al año cien arrobas
La mujer que sin tregua las encala.
Mansiones que están siempre en la penumbra,
Pues sólo por la puerta de la sala
Entra la claridad que las alumbrá.
Se levantan al lado

Pajar, cocina, cuadra y cochinerá,
Y todo está cercado
Por extenso y altísimo vallado
Que coronan la pita y la chumberá.
Pero ¡cuánta hermosura allí no mira
Quien, como yo, del campo enamorado,
Los pormenores rústicos admira?

Poeta de gran inspiración fué don Manuel Reina, entre cuyas composiciones escogidas se leerán siempre con admiración las tituladas *A Espronceda*, *El Ensueño de Shakespeare*, *La Legión sagrada*, *La Eterna Mas-carada*, *Noche de estrellas*, y otras muy notables.

¡Qué versos más valientes y expresivos los que siguen!

A ESPRONCEDA

¡Cuánto labio apagó sa sed ardiente
Y cuánto corazón templa su brío
En tu canto magnífico y doliente
Como un brillante y clamoroso río!
Tu alma de fuego, combatiente bravo,



Manuel Reina.

Fué para los altivos patriotas,
 Hoguera á cuya luz un pueblo esclavo
 Vió para siempre sus cadenas rotas.
 Y tu vibrante genio impetuoso,
 De tempestades y fulgores lleno,
 —Jinete en un caballo poderoso,
 Libre de riendas y acerado freno,—
 Recuerda por su audacia y sus proezas
 Al héroe vencedor en cien batallas
 Que asaltó inexpugnables fortalezas
 Con su corcel salvando las murallas.
 ¡Oh, cuántas veces la rosada aurora
 Me sorprendió vertiendo amargo llanto
 Sobre tu libro, llama abrasadora

Que vierte entre esplendor hermoso canto!
 ¡Cuántas veces te vi, gallardo y fiero,
 Al través de tus versos fulgurantes,
 Cual «Montemar» la mano en el acero
 Y el fuor en los ojos centellantes!

¡Oh, sublime cantor de los dolores!
 Todo joven hispano ama tu gloria,
 Y, al par que tu desdicha y tus amores,
 Guarda con entusiasmo en su memoria
 Versos del *Diablo Mundo* en que flamea
 Tu juventud radiante y agitada,
 Que al huracán del infortunio ondea,
 Cual bandera de sangre salpicada.

El excelso crítico de nuestra literatura, don Juan Valera, al hablar del señor Reina realza su buena memoria en los renglones que dice:—Don Manuel Reina, de Puente Genil, donde murió en los primeros años del siglo XX, «fué ingenioso autor de *Vida inquieta*, *Poemas paganos*, *El jardín de los poetas* y algunas otras colecciones de versos, dignos todos de muy cumplidas alabanzas y de más detenido examen del que podemos ahora dedicarles.»

Don Pedro Antonio de Alarcón, notabilísimo escritor en prosa, verdadero y rico estilista, autor de preciosas novelas en que fué maestro, tenía también espléndidas facultades para el cultivo de la poesía, llena de imágenes y figuras, como podía esperarse de su imaginación meridional.



Antonio Fernández Grilo.

Por sus poesías serias y humorísticas se comprende que dominaba los dos géneros, con cierta tendencia filosófica en las primeras y frecuencia de irónicos términos en las segundas, llegando á sutilizar á veces los conceptos hasta la exageración ó la falsedad.

Vate distinguido don Antonio Fernández Grilo por lo fácil de su inspiración, fué muy censurado por sus aficiones cortesanas; pero siempre conservó cierta popular nombradía. Valera le ha hecho justicia diciendo: «El mérito de los versos de Grilo, indiscutible á todas luces, ha sido realzado por el natural hechizo, la entonación melodiosa y el arte nada común con que el poeta sabía recitarlos. Prolijo sería aquilatar ese mérito por un detenido examen. Grilo es un poeta poco reflexivo, espontáneo y verdaderamente inspirado. Su inspira-

ción vale más que la reflexión; es como instinto certero que atina casi siempre y que rara vez los más descontentadizos censores, que reparan en menudencias y en deslices, pueden acusar de que desatina.

De la *Chimenea campesina* son estas estrofas:

Calor de los esposos,
Nido de fuego,
Que á la santa inocencia
Prestas abrigo;
En la solemne calma
De tu sosiego,
Con lágrimas ardientes
; Yo te bendigo!
Estufa campesina
Que tanto adoro,
No de mármol y jaspes
Finges tus vallas;

Ni aprisionan tus leños
Rejas de oro,
Ni bordadas de flores
Ricas pantallas.
; Cuántas de las que alumbren
Muros de seda
No lograrán á veces
Matar el frío!
Pues no hay fuego en el mundo
Que vencer pueda
El hielo pavoroso
Que da el hastio!

De *El Invierno*:

No bien tras las montañas asoma su cabeza,
De nieves coronada, de miedo y de tristeza,
Los himnos de la vida suspende la creación:

Fatídicos espectros en el espacio flotan;
Laméntanse los aires que la muralla azotan;
El monte es un fantasma, el valle un panteón!

Desiertos los caminos, las heredades solas;
Los prados sin la púrpura de agrestes amapolas;
De la apretada nieve con la mortaja están!

Los álamos desnudos; sin músicas la sierra;
Parece que ha saltado la mar sobre la tierra
O lo ha arrasado todo la lava de un volcán.

Entre los poetas de la escuela sevillana que no hemos citado recordamos á don José Sánchez Arjona, á don Federico García Caballero, á don Luis Montoto y á don Luis Herrera, sintiendo no copiar algunas poesías suyas por no dar demasiada extensión al presente capítulo. Muchas de sus composiciones son notables.

De don Salvador Rueda diremos que le consideramos como excelente pintor de costumbres y muy fácil y discreto poeta cuando se guía por su propia inspiración, sin sugerencias que desnaturalicen ó desfiguren sus pensamientos.

Como granos de rubies
De encendidas y de hermosas,
Entre las uvas sabrosas
Son las uvas marbellies.
No es su entonación trigueña
Cual la del grano vistoso
Lleno de jugo sabroso
Que da la pasa rondeña.
Más luminosas y ufanas,
En ellas juntos se ven

El jugo Perojimen
Y el de las cepas tempranas.
No sé si de *bello mar*
Viene el nombre peregrino,
Tomado del mar divino
Que va Marbella á besar.
Pero sé que los rubies
Son entre piedras hermosos,
Como entre frutos sabrosos
Son las uvas marbellies.

A las nobles moscateles
Vencen en limpios cristales,
En tamaño á las parrales,
Y en color á las cabrieles.

Es mi fruto favorito,
Y mejor el labio moja
Que la uva dulce de Loja
El corazón de cabrito.

Ninguno ofrece los bienes
Que él, entre finos manjares;
No valen uvas moliars,
Doradillas ni lairenes.

Lo digo; son los rubies
Entre las piedras hermosos,
Como entre frutos sabrosos
Son las uvas marbellies.

Quien con tanta gracia, ingenio y perfección sabe escribir en verso, no debe buscar ni elegir formas gongorinas, ni sutilizar con términos decadentistas al uso por seguir una corriente de innovación que ninguna razón estética abona ni autoriza.

Todas esas novedades hay que rechazarlas por completo.

Creo muy oportuno lo que ha dicho acerca de esto el sabio Valera, elogiando los indiscutibles méritos del señor Rueda:

«Su viva imaginación (dice) y sus apasionados sentimientos y constante amor á las Bellas Artes le habilitan para subir muy alto, y se muestran ya con brillantez, así en las novelas que ha escrito en prosa, como en *El Bloque*, *Flora*, *El César*, *En tropel*, *Cantos de la Vendimia* y otras versificadas composiciones. Lo que yo pienso sobre Rueda, escrito y publicado está desde hace tiempo en dos extensas cartas que le dirigí y que llevan por título *Disonancia y armonías de la moral y de la estética*. No es esto afirmar que note yo en todas las obras de Rueda la misma propensión que en dichas cartas censuraba; es afirmar solamente que la docilidad algo irreflexiva con que Rueda se deja guiar por hábiles aunque peligrosos maestros, y se deja seducir por lo que llaman modernismo, decadentismo, simbolismo y otras modas parisinas, le perjudica en extremo y suele embotar la agudeza de su ingenio y torcer la dirección, cuando no abatir el vuelo de sus raptos líricos para que se pierdan ó desvanezcan en el aire, sin llegar al punto en el que puso el poeta ó quiso poner la mira.

Salvador Rueda acierta cuando se fía de su propio sentir y pensar, no imitando á nadie ó imitando á sus compatriotas, á quienes conoce ó debe conocer mejor que á los extraños, y no buscando lo nuevo y lo inaudito en lo exótico y exagerado, sino en lo natural y propio de su íntimo ser. Cuando á esto se limita, es un agradable y tal vez excelente poeta. Apártese, pues, de los propósitos audaces á que le induce Rubén Darío en el pórtico de *En tropel*. Huya de las *bacantes modernas* que despiertan las *locas lujurias*; no busque los labios *quemantes de humanas sirenas*; arroje al suelo el yelmo de acero, *el broncíneo olifante* y los demás trastos que su amigo le regala; y tenga por cierto que entonces, aun sin llegar á ser un *homérica*, tendrá distinguido asiento entre los inmortales de nuestro parnaso y en la república de las letras españolas, la cual quiere y debe conservar su independencia sin someterse á ningún emperador traspirenaico, por florida que tenga la barba. Nadie dirá entontes de Rueda, por glorioso que venga á ser:

Fué aborrecido de Zoilo, el verdugo;
Fué por la gloria su estrella encendida,
Y esto pasó en el reinado de Hugo,
Emperador de la barba florida.

Todavía he de escribir algunas páginas antes de concluir este capítulo.

Hablemos ahora de los poetas catalanes, mallorquines y valencianos que han escrito en lengua castellana.

El primero de los hijos de Cataluña que hay que nombrar como distinguido poeta en el siglo XIX es don Manuel de Cabanyes, nacido en Villanueva y Geltrú, el 22 de Enero de 1808, y muerto en su país natal cuando aún no había cumplido 26 años, el día 16 de Agosto de 1833.

El mismo año 33 se publicaron sus poesías con el título de *Preludios de mi lira*. Quintana y Hermsilla, con quienes se había consultado, aprobaron el propósito. El insigne crítico don Manuel Milá y Fontanals, hizo grandes encomios del mérito de Cabanyes, lo mismo que el señor Menéndez y Pelayo.

Cabanyes conservó, en sus gustos la pureza clásica, lo cual tenía gran importancia por haberse abstraído á la influencia romántica, que procuraba entonces apoderarse de la juventud intelectual en toda España.

Educado aquel adolescente en los principios más severos, sin experiencia ni conocimientos superiores para pensar sobre asuntos religiosos, no llegaba su inspiración sino hasta donde alcanzaba lo defectuoso de la enseñanza recibida. Todo lo que tocaba á las investigaciones científicas era para él odioso y aborrecible. Su estilo es sencillo, con cierta candidez hechicera, aunque la forma adolece de faltas y durezas que perjudican mucho á sus versos.

Menéndez Pelayo ha dicho de Cabanyes en una oda dedicada á su memoria:

¡Dulce Cabanyes! En humilde tumba
Cubre tus restos el materno suelo:
Sobre ella vela el numen de la lira...
El de la gloria duerme.

Valera, que alaba también los méritos poéticos de Cabanyes, se lamenta de que el clásico vate siga siendo poco popular y conocido. «La misma oda del señor Menéndez (son palabras de Valera) que da tan clara y hermosa idea del valer del vate es tan poco leída y conocida como sus versos. Tal vez la relativa obscuridad de Cabanyes, proceda, en parte, de que vivió en provincias y no vino á cobrar celebridad en Madrid.»

Su oda *La independencia de la poesía*, comienza así:

Como una casta ruborosa virgen
Se alza mi Musa, y tímida las cuerdas
Pulsando de su arpa solitaria
Suelta la voz del canto.
Lejos ¡profanas gentes! No su acento
Del placer muelle corruptor del alma,
En ritmo cadencioso hará suave
La funesta pouzoña.

Lejos ¡esclavos! lejos: no sus gracias
Cual nuestro honor traficarse y se venden;
Resonarán sus versos.
En pobre independencia, ni las iras
De los verdugos del pensar la espantan
De sierva á fuer; ni, meretriz impura,
Vil metal la corrompe.

En su epístola á Cintio, que empieza con alientos de gloria, concluye por su mergirse en las tétricas profundidades de una negación para todo lo beneficioso, lo útil, lo humano, lo que puede salvar y redimir...

¿Y piensas tú que envidia
La suerte yo de aquellos que ufanos
Para divinizar el propio fango
El mortal á los cielos encarama?
¡Oh Cintio! En su memoria embebecida,
No hace nada; la mente, sus ruidosas
Acciones recordaba, y yo el hinojo
Iba á doblar para adorarlos;
Cuando «¡detente!» en cariñoso acento
Mi Genio me gritó: — «detén y escucha.
»Irremediable enfermo, trabajado
»De antiguos males es el mundo, y busca
»Medicamento en vano á sus dolencias.
»De su dolor en el angosto lecho,
»Manando podre y la razón furiosa,
»Se agita, se carcome, se consume
»Revolcándose: ya en blasfemia impía
»Con labio inundo al Eternal insulta;
»Ya humilde, arrepentido, prosternado
»Demanda su piedad: ora á la fuerza
»Se abandona del mal sin esperanzas,
»Ora la ciencia de mentidos sabios

»Invoca... ¡Oh sin ventura! á luengo agudo
»Padecer condenado, del momento
»Que inobediente de su Dios el hombre
»Fue el mandato primero, hasta el instante
»En que á la nada la creación tornando,
»Dirá la voz del Infalible: «Basta.»
»Ve aquí la eterna ley, y contra della,
»De esa estúpida chusma envilecida
»(Que por un pan de oprobio el honor suyo
»Vende y su vida miserable), el vicio,
»La ignorancia y maldad es tan inútil
»Como del Macedonio las victorias,
»Los sueños de Platón, y el celebrado
»Pensamiento de aquél, que á los planetas
»Hizo danzar á guisa de la poma
»Que sus narices aplastó cayendo. —
Dijo y finió sus últimas razones
Con risa estrepitosa: yo aturdido,
Bien fuese de dolor ó de despecho,
Bien de placer, humedecido el rostro
Con el llanto sentí que derramaba.

Don Joaquín Roca y Cornet, amigo de Cabanyes y elogiador de sus versos, era periodista católico, colaborador de *La Civilización*, de Balmes. Nació en Barcelona en 1804; murió en la misma ciudad en 1873. Escribió en castellano varias obras. Las más notables son *Historia de los hechos y doctrina de Nuestro Señor Jesucristo* y *La esperanza del Cristianismo*.

También escribió poesías; pero con los naturales defectos que llevan consigo los asuntos religiosos, desde que los estudios críticos han demostrado que los sistemas hieráticos no tienen una base superiormente divina. Su poesía *La Ascensión*, falta de ese poderoso estro que enaltece lo idealmente divino, abunda en vulgaridades que hoy son inaceptables. Estos temas resultan ahora puramente distracciones sobre motivos célicos.

¿Por qué velado de nube cándida
Sube y sorprende los ojos miseros
De los mortales junto á Betania
El Hombre-Dios?
Ah, ved sus huellas: marcado mirase
Sobre la arena su pie pacífico,
Y el aura llena de olor balsámico
Celeste luz.

¿Qué hacéis postrados? ¿qué más atónitos
Pedís al cielo? ¿Qué otros prodigios
La vista alzada, del aire fúlgido
Hora aguardáis?
Voló y cercóle la nube espléndida
De inmortal gloria, y en los alcázares
Del alto empireo tiene su solio
Que ocupa ya.

De Don Manuel Milá y Fontanals, de quien como humanista docto y respetable crítico literario hemos ya hablado en otro lugar de esta obra, diremos ahora que trabajó incesantemente por el florecimiento de la literatura catalana,

aunque sus obras están escritas en castellano, y las más de ellas con excelente método y buen estilo.

Su amor al idioma lemosín ha quedado encarecido en la siguiente poesía con todo el fervor de su noble alma:

EL LENGUAJE LEMOSIN

¿Por qué no naci en los días
De las glorias catalanas
Cuando el habla lemosina
Del poder y honor fué el habla?
¡Ay! marchito quedó el brillo
De la lira de Occitania,
Mustia la violeta de oro
Y rota el aurea cigarra.
Cesaron ya los antiguos
Cantos de amor y batalla,
En los alcázares regios
Y en las populares plazas.
Ya no más *lais y tensiones*
De los maestros del arpa
Que los campos recorrían
Seguidos de turbas gayas.
Ya no más cortes de amor
Donde el genio imperaba,

Ya no más coronas de oro
En las frentes inspiradas.
Del saber el noble cetro
Que el catalán empuñaba
Cayó también de su diestra
Al olvidarse su habla.
Mas el eco del torrente
Que ocultan encinas altas
Y sus hondas precipita
Entre las peñas quebradas;
Los monótonos acentos
De selvática balada;
El ruido de la cuna
Que ora suena y ora pára;
El festivo clamoreo
De vibradoras campanas,
En lenguaje lemosino
Hablarán siempre á mi alma.

Milá y Fontanals ha dejado un nombre venerado que no se olvidará nunca entre los literatos españoles. Había nacido en Villafranca del Panadés, el año de 1818, y murió en Julio del 84. La colección de las obras del gran Maestro se ha publicado bajo la dirección de su eruditísimo discípulo, don Marcelino Menéndez y Pelayo, con una *Vida* de Milá y crítica de sus producciones. Es homenaje de admiración digno de todo encomio.

De otro gran talento catalán hemos de hablar ahora, cuya memoria será imperecedera. Nos referimos al sabio polígrafo don Jaime Balmes. En los 38 años de su vida dejó tan admirables producciones de suficiencia intelectual, que con razón era considerado como un portento.

Fué poeta, periodista, político, profundo escritor, pensador ilustre, filósofo, polemista. Difundió la verdad según los principios en que se había educado. Era un romántico como sus contemporáneos. Pero su romanticismo no era incrédulo, sino creyente. Por medio del estudio quería demostrar que dentro de las creencias religiosas estaba la filosofía de la verdad. Que no había más filosofía posible que la de los católicos. Que no había unidad de criterio sino en la práctica de tales doctrinas. Y estos rigorismos categóricos no podían resolver ni resolvieron el problema filosófico ni el religioso. Su *Filosofía fundamental* no lleva el convencimiento á nuestro ánimo. La verdad no se percibe entre las divagaciones de una dialéctica que trata de resucitar los desacreditados recursos de un escolasticismo imposible.

«¿Hay Dios? pregunta. ¿Hay uno ó muchos? ¿Cuál es su naturaleza, cuáles

sus atributos?» «Leed á Platón, contesta, Aristóteles, Cicerón, á los más grandes hombres de la antigüedad; y ¿qué encontráis? Errores, incertidumbres, tinieblas...»

Sólo la Biblia, según su opinión, es la que dice la verdad absoluta sobre Dios y la Humanidad.

Esa es la única filosofía que preconiza Balmes, filosofía esclava de las leyendas religiosas, que no podrá ser nunca filosofía, sino negación de la filosofía misma.

Por eso ni sus trabajos filosóficos ni sus trabajos históricos, más bien declamatorios que persuasivos, pudieron alcanzar los fines que noblemente se proponía. Él quiso intentar, en cierto modo, una restauración de la mal llamada filosofía española; pero el pensamiento fracasó, como fracasaron también sus paralogismos sobre *El Protestantismo comparado con El Catolicismo*.

A pesar de todo, hay que admirar á Balmes, por la firme voluntad que tuvo siempre en defender sus opiniones escolásticas y los muchos tratados que con brioso estilo y buen lenguaje castellano escribió sobre temas sociales, políticos, religiosos y de controversia. Nadie podrá negarle la gloria de gran escritor.

Balmes es una gloria de España. Había nacido en Vich el 28 de Agosto de 1810. Murió en la misma ciudad el 10 de Febrero de 1848.

Un afectuoso amigo del ilustre Balmes, el notable escritor mallorquín don José M.^a Quadrado, dedicó á su buena memoria una poesía, de la que copiamos estos renglones:



José M.^a Quadrado.

La antorcha del genio la enciende en el ara,
Sondea la ciencia, vindica la fe;
Los niños, los pueblos, el trono, la tiara,
Instruye, defiende; de todos luz fué.

¡Qué larga carrera! ¡Qué corta la vida!
¡Cuán pronto el descanso sus ansias premió!
¡Qué heroico holocausto! ¡Qué cruel despedida!
¡Qué huella nos deja! ¡Qué espíritu voló!

Rendidle, vosotros, coronas y palmas,
Que al astro admirábais en su resplandor,
Teniendo á su influjo cerradas las almas,
No es aura la gloria, ni el genio una flor.

Seguidle, oh amigos, de amor es la prenda;
Moved sus cenizas, movedlas... quizá
Se exhale una chispa que el pecho os encienda
Y eterno el obsequio viviente será.

Don Juan Francisco Carbó, hijo de padres catalanes, aunque no nacido en España, desde muy niño vivió en Barcelona y allí hizo parte de sus estudios. Sobre este poeta catalán ha facilitado el señor Menéndez Pelayo al señor Valera datos curiosos, de los que juzgamos oportuno copiar varios.

«Cuando se crearon, por iniciativa de don Pablo Montesinos, las primeras Escuelas Normales, Carbó fué pensionado por la Diputación provincial de Barcelo-

na, en 1841, para hacer en Madrid su carrera pedagógica, juntamente con don Mariano Figuerola y con algunos otros.

De vuelta á Cataluña en 1845, Figuerola y Carbó inauguraron la Escuela Normal de Barcelona, siendo nombrado Figuerola director y Carbó segundo maestro. Tanto á Figuerola como á don Manuel Milá, oi decir que la vocación de Carbó para la enseñanza de los maestros era grande, y que se distinguía notablemente por su elocuencia didáctica y por la facilidad y pureza con que hablaba y escribía la lengua castellana. Pero todas las esperanzas que su brillante juventud ofrecía, se frustraron con su temprana muerte, acaecida el 29 de Septiembre de 1846, á la edad de 24 años. Sus restos yacen al lado de los de don Manuel Milá, en una capilla panteón que la familia posee en el cementerio de Villanueva del Panadés, con sendos epitafios que yo redacté por encargo de la viuda de Carbó, heredera usufructuaria de Milá.»

Su poesía *Guillem y Rosa-Florida* tiene versos muy lindos.

Esparciendo luz y aroma
La mañana se avecina;
El bosque en blando murmullo
A su llegada suspira.

Al umbral Guillem se asoma
De su morada tranquila.
Montes altos, claros rios,
Esperanza de mi vida.

El río Mora que ciñe
La sierra en plateada cinta,
Y Roca-fort asentada
Sobre la airosa colina,
A lo lejos, entre gasas
De flotante niebla, mira.

Como ve el lugar y el río
Su semblante el gozo anima,
Se pone el traje de fiesta
Y á salir Guillem se aprisa.
Las manos besa á su madre,
A quien él muy bien quería,
—Yo me voy á Roca-fort,
De la fiesta hoy es el día.
—Déte Dios, mi hijo Guillem,
Déte buena torna-ida.
Guillem toma la vereda
Que lleva á Santa María.

Ya se salen las doncellas
Como se acaba la misa:
A los bailes de la plaza
Alborozadas corrian.

Mucho lucen los encajes
De sus blancas mantellinas.
Todas ellas son airosas,
Todas van muy bien guarnidas,
Mas ninguna en gentileza
Iguala á Rosa-florida.
Desde que llega, ya Guillem
Una danza le pedía.

Trae su negra cabellera
Sencillamente prendida;
Su lijero talle ciñe
Un jubón de lana fina.

Todo se turba Guillem
Cuando habla á Rosa-florida.
—¿Cuándo yo á ver volveré
La gentil Rosa-florida?

Ella bajaba los ojos,
La color se le subía.
—La mañana de San Juan
Andaré por la campiña.
Montes altos, claros rios,
Esperanzas de mi vida.

Dice un ilustre crítico que, «como en los versos de Piferrer, se nota en los de Carbó el influjo de las baladas ó brevísimas narraciones alemanas, combinada esta manera con la forma castiza de los viejos romances y entreverando en varios momentos uno á modo de estribillo, que con frecuencia se repite, según ocurre; por ejemplo, en algunos romances moriscos.»

«Tal vez los poetas catalanes, añade el crítico, hallaban más fácil expresión para sus sentimientos y pensamientos en la lengua materna que en la de Castilla. En efecto, yo no quisiera equivocarme; pero, lo mismo en los versos de Cabanyes

que en los de Piferrer, Carbó y otros, me parece advertir cierta dificultad que, si bien vencida y si bien prestándoles originalidad y concisión poco frecuentes en los versos castellanos, les presta también alguna sequedad y dureza.»

Entre los excelentes poetas de Cataluña que han escrito en castellano y producido obras que le colman de gloria, debemos citar á don Melchor de Palau. Nacido en Mataró, catedrático, ingeniero, crítico, su nombre es respetadísimo para cuantos estiman las producciones de la inspiración, hermosada por el talento.

Sus *Verdades poéticas* es, sobre todo, obra admirable por las ideas que contiene para difundir los ideales científicos con magnificencias de forma.

El sabio catedrático, don José R. Carracido, ha escrito un prólogo para esa obra, lleno de crítica soberana.

«En la Poesía, dice, como en toda obra artística, por mucho que el espíritu medite, desde el instante genial de la concepción hasta los últimos pormenores de la efectividad plástica, hay siempre gran cantidad de trabajo inconsciente, la cual justifica la intervención de la crítica razonada y científica, que debe poner á descubierto el proceso psíquico en la total riqueza de sus detalles, velado en parte á la mirada del artista por los resplandores de la inspiración que, como los del sol, no permiten contemplar el foco de donde irradian si antes no se atenúan con los vidrios ahumados de la crítica. Pero el artista jamás se someterá á examinar sus obras á la luz tranquila de estas gafas oscuras.



Melchor de Palau.

Palau, anticipándose á la Crítica, y quizá para demostrar que el nuevo género de las verdades poéticas estrechan la zona de lo inconsciente, ha escrito la *Oda prólogo*, en la cual revela el que, en su sentir, será ideal futuro de la Poesía, expresándolo por

modo tan admirable, que la novedad de la composición y la grandeza de la alegoría no sorprenden menos que las atrevidas ideas estéticas que alumbran la sublime escena del consorcio de la Ciencia y de la Poesía, nuevas nupcias de Apolo y Minerva, las cuales se celebran concurriendo cada esposo con su dote para vivir por siempre en íntima solidaridad, pero sin confundir sus respectivas personalidades.

Al sentar las bases de esa unión definitiva, la Ciencia indica á su compañera el reparto de las peculiares faenas del modo siguiente:

Tú serás la intuición, yo el raciocinio,
 Tú la meta lejana, yo el atleta
 Que al fin la alcanza á su fatiga en premio;
 Tú la hipótesis, lampo fulguroso;
 Yo el caminante que, en obscura noche,
 Busca á su luz la suspirada senda.

Lo que Palau ha conseguido es crear la poesía con tendencia y sabor científico, cosa nueva y original en España.

Por eso sus composiciones *A la Geología*, *Al Polo Artico*, *El Rayo*, *Las plantas insectívoras*, *Al carbón de piedra*, y otras parecidas, están fundidas, como dice Carracido, con los elementos positivos del saber, y en su progresiva confección, jamás las mentiras convencionales podrán interrumpir al poeta «para confesar la esterilidad de los agotados recursos con aquella frase tan sabida: ¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza!»

Aprobando y siguiendo el procedimiento poético de Palau, se desecharían como tópicos inservibles esa multitud de palabras y sonsonetes que son el principal relleno de las poesías ampulosas que nada dicen, porque sirven de recreo á juveniles imaginaciones.

¡Qué maravillosa inspiración la que esmalta todas las estrofas de su oda *A la Geología!*:

Abreme, Tierra, las profundas hojas
 Que muestran de tu vida los afaes,
 Y, nuevamente, las antorchas rojas
 Enciende de tus hórridos volcanes;
 Que á su luz quiero recorrer tu historia,
 Cantar tus hechos, ensalzar tu gloria.

¡Cuántos siglos y siglos han pasado
 En que sólo la bárbara codicia
 Abrió tu seno, de metal preñado!
 ¡Cuántos siglos, de un polo al otro polo,
 Indiferente el hombre,
 Pedestal suyo te creyó tan sólo!

Bien comprendo la pena que sufriste
 Cuando á los sabios viste
 Rasgar el velo azul del firmamento,
 Astros y soles reducir á cuento,
 Y desprendidos de sus dulces brazos,
 De otros planetas estudiar los lazos,
 Y perseguir el vago movimiento.

Dolióte ver á tus ansiosos hijos
 En otros mundos los anhelos fijos;
 Pero tú, como madre cariñosa,
 Perdonaste su amante desvarío,
 Y, llorando á tus solas su desvío,
 Hacinabas prudente y afanosa
 Preciosos materiales para el día
 En que viera la luz la *Geología*:
 Y aquel día llegó; por fin el sabio
 Bajó hacia el suelo los alzados ojos,
 Reemplazó la piqueta al astrolabio,
 Y removió tus fósiles despojos.

Y él, que del primer libro
 Buscara ansioso la edición primera,
 Miró impresas con hondos caracteres
 Las formas primitivas de los seres
 Que á Dios plugo lanzar á nuestra esfera.

Con sorpresas crecientes,
 A la luz de la Ciencia,
 En sobrepuestas losas funerarias,
 Descubrió la existencia
 De ya perdidas razas embrionarias,
 Y de razas que aún están presentes:
 Vió en tus hondas heridas
 El paso de unas vidas á otras vidas,
 Y te abarcó en conjunto,
 Desde el sublime punto
 En que Dios te llamó con voz de trueno,
 Y el caos arrojóte de su seno.

Ciencia nacida ayer, ya eres gigante;
 Para á tu arbitrio manejar la tierra,
 Y remover cuanto su fondo encierra,
 Heredaste los músculos de Atlante.

Tú buscas en la muerte
 Caminos de verdad, y de esta suerte,
 Con firme planta, subes
 Por escalas de piedra, hasta las nubes.

Colección tienes ordenada y rica
 De fósiles y huellas naturales,
 Que en mármoles se basan y en granitos;
 Tus antiguos anales
 Por el dedo de Dios están escritos.

Valera, haciendo encomios de las *Verdades poéticas* de Palau, dijo de ellas en *La España Moderna*: «Sugieren tantas reflexiones, aun al menos reflexivo, que para exponerlas con orden y reposo, sería menester escribir un libro de cinco veces más lectura que el del volumen *Verdades poéticas*.»

De la literatura española en el siglo XIX ha dejado una serie de tomos el señor Palau, titulados *Acontecimientos literarios*, rica labor de erudición y excelente crítica.

Sus obras poéticas han sido muy estimadas por el público. Seis ediciones se han hecho de sus *Cantares*. Dos de los *Nuevos Cantares* y tres de sus *Verdades poéticas*. También ha traducido al castellano el magnífico poema *La Atlántida*, del incomparable poeta catalán Jacinto Verdager. De esa traducción se han publicado tres ediciones.

El señor Palau ha sido nombrado individuo de la Academia Española.

Los poetas escritores más notables de las Baleares han sido Don José M.^a Quadrado, de quien ha publicado una extensa biografía y juicio crítico de sus obras el erudito crítico don Marcelino Menéndez Pelayo. Ya dejamos copiada su poesía en alabanza de Balmes; fué notable investigador y crítico artístico, periodista y autor de importantes obras.

Don Tomás Aguiló, escribió en su idioma regional varias poesías, y otras en castellano. De la que se titula *Resignación* son los siguientes versos:

¿Por qué del tedio abrumada
Mi alma flaquea y se postra?
¿Por qué no espera y arrostra
De la fortuna el rigor?
¿Será que los males caigan
Sobre el hombre sin medida,
Y tenga aliento la vida
Y falte al alma vigor?

Si mi fe medio apagada
Sus leves alas apronta,
Y ya el alma se remonta
A tu divina región,
Apenas la tierra dejo
Cuando me fatiga el vuelo,
Y cae ¡ay triste! del cielo,
Porque es carne el corazón.

Don Mariano Aguiló, primo de don Tomás Aguiló, dedicóse por completo al cultivo de la lengua catalana, habiéndose mostrado notable poeta en los Juegos Florales de Barcelona. Maestro en *Gay Saber*, escribió obras muy interesantes para la lengua regional, como un *Diccionario* y una *Bibliografía catalana*, que fué premiada por la Biblioteca Nacional.

Don Juan Luis Estelrich, autor de la preciosa poesía *El Arco de Santa María de Burgos*.

El presbítero don Miguel Costa, autor de las poesías *El Pino de Formentor*, *En las catacumbas de Roma* y *Adiós á Italia*. Enaltece mucho el mérito de este vate don Juan Valera.

Don Juan Alcover, gran poeta, autor de la magnífica poesía *Lálage*, donde se describen con esplendores de forma las pasiones, la crápula y la licencia lascivas que reinaban en el palacio de Nerón.

Lálage parece ahogada por el mismo Nerón, que ha disfrutado de sus encantos. ¡Qué cuadro final más horrorosamente trágico! Bastaría esta sola poesía para colocar á Alcover entre los mejores poetas... Habla *Lálage* sin darse cuenta de que decreta su muerte...

—Impura meretriz, era mi pecho
Virgen, en la región más escondida.
Exhausta me creía, cuando has hecho
Brotar en él la fuente de la vida.

¡Y envenenarte quise! ¡Yo que diera
Mi vida por salvarte!... Aquí te entrego
El filtro abrasador de la hechicera.
¡Quise abrazarte, y me devora el fuego!—

Restrégase los ojos, indolente,
Y se incorpora el hijo de Agripina;
Y el pomo que le dan, maquinalmente,
Con soñolientos ojos, examina.

Pero su cobardía le despierta.
Salta cual buey del tábano picado.
—¿Quién te lo dió?—le dice á la liberta,
Mirándola, medroso y azorado.

—Habla, ¿quién te lo dió?...—Cual si esta frase,
Que repentina claridad destella,
Á *Lálage* de un sueño despertase,
Me vio, pujante, resucita en ella.

¡Delatarlo! Jamás. Él la ha impelido
Á esta pasión, desamorado y ciego;
Pero en aquel instante, sumergido
En un mar de piedad, se apaga el fuego.

El silencio de *Lálage* exaspera
La pavora del César que imagina
Que el abortado plan empresa era
De algún partido que su trono mina.

Y al cogerla Nerón, con fuerza ruda,
Por la garganta, su dolor reprime,
Pálida y aterrada, pero muda,
Como la estatua del dolor, sublime.

—¿No me conoces, vibora traidora?
Mirame. ¡Soy Nerón! Yo te prometo
Que á conocerme vas. Esa es tu hora.
¿Quién te ha dado ese filtro? Hablas... ó aprieto.—



Mariano Aguiló.

Una suprema fuerza la constriñe
A enmudecer aún, ante la ira
Que con mano brutal su cuello ciñe
Y con ojos famélicos la mira.

No habla. Nerón aprieta. El rostro yerto
Tórnase azul, vidriosa la mirada,
Y rueda por el suelo el tronco muerto
De la infeliz mujer estrangulada.

Terminamos este capítulo citando las dos personalidades más ilustres que, como insignes poetas de la región valenciana, han escrito mejor en castellano, adquiriendo fama que la posteridad verá confirmada.

Hablamos de don V. W. Querol y de don Teodoro Llorente. Sumamente modesto el primero, fué refractario siempre á que se publicasen sus ensayos; pero sus amigos estimaban tanto el buen nombre del vate valenciano, que para gloria de España le suplicaban hiciese públicos sus trabajos. El famoso novelista Alarcón

era uno de los que más asiduamente le instaban. Al fin, vencido de tan afectuosos ruegos, escuchó las indicaciones de sus amigos.

Véase con qué sencillez expresa el pensamiento en estos versos de su *Carta al señor don Pedro A. de Alarcón, acerca de la poesía*:

Amigo, cedo al fin. Los que dispersos
Entregué al aire vano
En mi edad juvenil fútiles versos,
Hoy, con piadosa mano,
Recojo y cierro en el modesto libro,
Que al triste olvido de la edad entrego,
Ó al duro fallo de los tiempos libro.
Lo engendré en la nocturna
Fiebre de mis pasiones primerizas,
Y hoy guardo en él, como en sagrada urna,
Del corazón las cálidas cenizas.

En él están mis infantiles sueños,
El laurel disputado en arduas lizas,
De la osada ambición locos empeños,
La fe jurada, la esperanza muerta,
La aspiración incierta,
Los horizontes del amor risueños:
Cuanto amé y esperé. Huecas y frías
En el oído extraño,
Ajeno á mi placer, sordo á mi daño
Sonarán siempre las canciones mías;
Pero al volver sus páginas, yo encuentro
Mi gozo entre ellas ó mi antigua angustia,
Cual suele hallarse dentro
De un olvidado libro una flor mustia.

Yo cobarde no oculto
Mi fe en ti, desdeñada Poesia,
Ni el ciego amor y el fervoroso culto
Con que en tus aras me postré algún día.
No reniego de ti cuando la mofa,
Cuando el villano insulto
Responden sólo á tu vibrante estrofa;
No aparto de mi labio
De tu cáliz de hiel las negras heces,
Ni te abandono al miserable agravio,
Ó á las burlas soeces
Del vulgo, indigno de tu noble estro;
Y cuando ante el siniestro
Tribunal seas de tus inicuos jueces,
Yo, discípulo tuyo, por tres veces
No negaré al Maestro.

Abre el libro y no temas
Al revolver las hojas
De mis pobres poemas,
Que ose en ellos cantar glorias supremas,
Ni supremas congojas.
El débil numen que mi verso inspira
Nunca osó ambicionar más noble palma
Que traducir fielmente con la lira
La efusión de mi alma.

Es más admirable como poeta Querol cuando se recuerda que sus ocupaciones mercantiles fueron el laboratorio inspirador de su espíritu para crear sus soberanas poesías. Por eso dice el sabio Valera, con felices frases, «que el dirigir el movimiento de mercancías de una extensa red de ferrocarriles, mostrándose apto y hábil, no embotó la exquisita sensibilidad, no dispó los místicos ensueños, ni abatió el impulso del vuelo y de los raptos líricos que don Wenceslao Querol muestra en sus hermosas composiciones.»

Teodoro Llorente, modelo de poeta inspirado, tierno, de verdadero sentimiento y clásicas formas, no tiene composiciones endebles. En todas las suyas deja grabadas las huellas de su perfección.

Un ramo de claveles y azucenas
Me pusiste en la mesa en que escribía:
Dios, remunerador de acciones buenas,
Te pague la merced, dulce hija mía.
Como al enfermo, á quien la fiebre mata
El fresco manantial, cual los fulgores
Del sol al ciego, para mí fué grata
La bendita limosna de esas flores.
Miro sobre mi mesa amontonados

El viejo in-folio, de pesada glosa,
Los librejos del día, aún no cortados,
El vulgar expediente, ¡horrenda prosa!
La carta insulsa, el memorial prolijo,
El libelo procaz, de amargas hieles,
Y entre el fárrago aquel, ¡oh regocijo!
Tu ramo de azucenas y claveles.
Él me dice: ¡Alegria! ¡Primavera!
¡Efluvios del jardín! ¡Luz de la aurora!

¡Soplo vital que al mundo regenera!
¡Naturaleza, siempre creadora!
Mi espíritu, rendido bajo el peso
De insoluble cuestión, de acerba duda;
Mi desmayado corazón, opreso
Por la contienda de la vida, ruda;
Mi orgullosa conciencia, á la que llamo
Y en el trance fatal hallo indecisa,
Cálmense todos al mirar el ramo

Do pusiste tu amor y tu sonrisa.
Mi sér inunda el bienhechor aroma
Purificando el alma; y al instante,
Como sol puesto que de nuevo asoma,
La perdida ilusión surge triunfante.
Brilla á mis ojos plácida alborada,
Y llena, con sus trinos hechiceros,
Mi fantasía, selva enmarañada,
Un tropel de calandrias y jilgueros.

Llorente no es sólo el gran poeta de delicados matices, de la hermosa región valenciana. Es también el admirable traductor de muchos vates extranjeros de superior valía, cuyos originales pueden disfrutar en sus fieles y artísticas versiones los admiradores de los príncipes gloriosos de la Poesía.
